

«Puesto que tiene usted la generosidad de elevarme hasta sí, trataré de justificar el honor que me dispensa, y le prometo ser una esposa buena y honrada.

MATILDE RIGAUD».

Su casamiento se celebró seis semanas después, sin el menor aparato, y cerca de dos años más tarde que el del marqués de Avoise con Elena Savignat.

El marqués viajaba con su mujer por Argelia, y no vino.

La marquesa escribió una carta en la que ofrecía á la mujer de su amigo una amistad que no debía desmentirse jamás.

La señora de Savignat la sirvió de madre, y la colmó de regalos y de pruebas de cariño.

Desde aquel día, el abogado vivió en el séptimo cielo. Arregló para aquella mujer ideal el nido de la calle de Saint-Honoré, su hotelito, con gran esmero, y fué ayudado en su tarea por el buen gusto de la modista.

Allí fué donde pasaron su luna de miel, que no había terminado en el momento á que llega nuestro relato.

Por el contrario, había ido creciendo el cariño del marido por aquella mujer que tanta felicidad le daba.

Pronto, sin embargo, iban á sufrir una prueba terrible.

CAPÍTULO X

Á eso de las dos de la tarde se despertó la señora de Peyral, y se puso á reflexionar en aquel pasado, que se le representaba tan claramente como si aquel período de su vida estuviera iluminado por un foco de luz eléctrica, al encontrarse sola en su cuarto, donde se había refugiado después de salir su marido.

Este cuarto daba por un lado al del señor Peyral, y por el otro comunicaba con un lujoso tocador, un cuarto de baño y la escalera de servicio que daba al jardín.

Tan sencillo y severo como era el cuarto del abogado, era de lujoso y de lindo el de la joven.

Nada chocaba á la vista; ni una nota falsa en aquella armonía de colores, ni un tono falso, y en aquel día hermoso de primavera, el sol, que entraba por las ventanas abiertas, hacía resaltar más el conjunto de telas vistosas escogidas entre las más artísticas que ha tejido Lyon.

Fuera, el verde tierno de los brotes hacía forjarse la ilusión de un escondite amoroso en un rincón del parque á dos pasos de la avenida, mientras que el ruido sordo de la calle iba á morir en el umbral de aquel cuarto, como el murmullo lejano del mar.

Matilde, envuelta en una atmósfera de bienestar, vivía allí como en un sueño: su existencia parecía un cuento de hadas.

Desde una vida estrecha, incierta, había sido transportada por el golpe de mágica varita á un interior encantado, al abrigo de los infortunios, opulento y seguro.

La comparación anticuada de un pescador sacudido por las olas en una frágil barca, y que se durmiera con el remo en la mano después de una noche de fatiga, rendido, sombrío y miserable, para despertarse en una isla encantada en medio de flores y de jardines, y á la entrada de un palacio cuyas llaves le ofreciese una huri, no podría aplicarse mejor que á esta joven, expuesta á todos los azares de la lucha en la inmensidad de París, y á quien un capricho de la suerte había sacado de la multitud para colocarla en el rango de los privilegiados de la fortuna.

Hubiera debido ser enteramente feliz, puesto que además estaba orgullosa de su marido, que era demasiado modesto para pedir amor, habiendo sólo pedido tímidamente una franca amistad á cambio de su pasión. Sin duda que en él había pa-

sado ya el encanto de la primera juventud: el señor Peyral tenía cuarenta y cinco años; pero en el apogeo de su naturaleza fuerte, con su buena presencia y hermosa cabeza, con la serenidad que le hacía tan simpático, era de aquellos en quienes, unos cuantos años de más ó de menos, tienen poca importancia.

Matilde lo tenía, pues, todo: la fortuna más allá de sus deseos, la seguridad, el amor, en fin; el amor permitido, conquistado por sus gracias, el amor legítimo de un hombre superior, del brazo del cual podía presentarse en todas partes ostentando con orgullo su nombre.

Y, sin embargo, el pintor que había firmado su retrato, el autor de su busto de mármol, hasta el aparato fotográfico, el objetivo implacable que fija nuestras facciones con sus defectos, habían estado de acuerdo en echar sobre las suyas un velo de tristeza; y aun en aquel momento se conocía, en el pliegue de su frente y en la contracción de sus labios, que aquella melancolía se acentuaba, degenerando en ansiedad creciente.

De cuando en cuando levantaba la cabeza y fijaba una mirada sombría, casi de odio, sobre las ventanas del hotel Savignat. De pronto se estremeció al ver aparecer en un balcón del segundo piso á un personaje que le hacía señas, en el hueco que mediaba entre dos copas de árbol,

hueco que parecía hecho para favorecer la correspondencia entre las dos habitaciones.

Era el marqués de Avoise.

Envió atrevidamente á su vecina con la mano un saludo que se parecía extraordinariamente á un beso.

Matilde se sonrojó hasta la raíz del cabello, levantóse y cerró la ventana, terminando bruscamente aquella escandalosa escena.

Después volvió á echarse sobre el sofá.

Y así estuvo algunos instantes, con la cabeza oculta entre las manos, abismada en reflexiones que nada debían tener de agradables, á juzgar por la expresión de su fisonomía; se abrió la puerta sin que siquiera levantase la cabeza, porque creía que era su doncella quien entraba; pero casi al momento se incorporó apresuradamente, ahogando un grito.

—¡Usted aquí!—dijo, con las facciones contraídas por la cólera.

—Sí, yo.

—¡Caballero!...

—Vengo á usted, puesto que usted rehusa el ir á mí. ¿No se lo había advertido?

—Es verdad.

—Pues entonces...

—¿Podía yo creer que tuviese usted valor para cumplir sus amenazas?

—¿Por qué no?

El marqués de Avoise tenía la apariencia tranquila de un vecino que visita á una amiga.

El barón Nollet parecía inquietarse más de sus asuntos que él mismo.

No se hubiera sospechado, al ver aquella fisonomía ligera y burlona, que se estaba hundiendo en profundas dificultades de dinero, y que sus acreedores extendían ya la mano para apoderarse de los restos de su fortuna.

No era, ciertamente, un jugador arruinado, un deudor sin recursos y devorado de inquietudes el que invadía el cuarto de la joven, sino un amante despreocupado, de airosa presencia, seguro de sí mismo.

—¿Por dónde ha entrado usted en esta casa?—preguntó la señora de Peyral.

—Sencillamente por la puerta, en vista de que la naturaleza no me ha dotado de alas. Conozco perfectamente esta finca desde la cueva hasta el tejado, por haberla visitado mil veces, durante sus ausencias de usted, en las vacaciones de tribunales, cuando acompaña usted á su ilustre esposo, al campo ó á los baños, pues que viven ustedes como seres felices. ¿No es la buena de mi suegra quien cuida de este nido de amor? Hoy he atravesado la frontera con la ayuda de una llave, puesto que está convenido que todos somos unos; es muy cómodo. La escalera interior da al cuarto de baño de usted, el cuarto de baño al tocador, y el tocador á

este cuarto. ¡Encantador gabinete! Estaba seguro de encontrar á usted aquí; su marido está en la Audiencia defendiendo viudas y huérfanos, y yo tenía preparada una excusa por si hubiese encontrado á sus criados; así, pues, no hay el menor peligro, y todo resulta natural. Esta visita, que me hace tan dichoso, no puede comprometer á usted: nuestras familias se tratan con bastante intimidad para justificarla, y además tengo una noticia importante que comunicar á usted.

—¿Cuál?

—Que me vuelvo juicioso. Está firmemente decidido.

—¿Y á mí que me importa?...

—Le importa á usted más de lo que se figura.

—Explíquese usted.

—No ocultaré á usted que estoy, como se dice en términos de montería, acorralado. He malgastado los recursos de que podía disponer. El señor Peyral, apasionado por los intereses de las señoras de Savignat, me ha encerrado en toda clase de lazos y de tranquilas incómodas, más aún, humillantes, y no me es permitido tocar á un céntimo de la fortuna por la cual he vendido mi nombre. No vacilo en decir que esto es indigno, ¡absolutamente inicuo! Me resigno, sin embargo, de mala gana, pero me resigno, lo cual no deja de tener mérito; solamente que esa malicia de curial

tiene un resultado que el ingenioso hombre de ley no ha previsto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, justamente exasperado contra el señor Peyral, usaré del medio que la casualidad ha puesto en mis manos para vengarme; y, como se dice en la Audiencia—en este punto concreto,—me prometo magníficas represalias.

El marqués hablaba con gran soltura y con un acento mordaz que no dejaba de ser armonioso, esforzándose por que fuesen cariñosas las miradas de sus ojos negros.

—En una palabra—repuso,—gracias al señor Peyral, se acabaron el juego, el desorden y las noches agitadas por las violentas emociones de la banca; pero para consolarme me queda el amor, del cual no debiera haber olvidado las dulzuras. ¡Si supiera usted—añadió sentándose—hasta qué punto soy feliz al volver á encontrarme á su lado, tendría usted compasión de mí!

Y, al decir esto, se alteró su voz profundamente.

Matilde se levantó, y, con las manos apoyadas en el respaldo de su butaca, miró al marqués con indecible angustia.

—¿Es decir, que se ha propuesto usted perderme?—dijo.

El marqués hizo un gesto para tranquilizarla, y contestó:

—¿Perder á usted? ¿Cómo puede usted suponer que quiera causarla el menor disgusto? ¿Acaso no ve usted cuánto me esfuerzo por contener el amor que me devora? ¡Y aun lo irrita usted, dejándome ver la dicha de otro! Parece que se complace usted en exasperarme con sus desdenes, y se me acaba la paciencia. He resuelto tener con usted una explicación, y vengo á pedírsela.

Visto de cerca, justificaba el marqués su reputación de elegancia. Solamente algunas arrugas cerca de la sien, denotaban al libertino de violentas pasiones que solía pasar las noches en claro; su cutis aparecía ajado, y el cabello empezaba á estar claro; pero estos ligeros defectos desaparecían en la armonía del conjunto.

El marqués había debido vencer sin trabajo muchas veces. Las mujeres adoran á esos egoístas burlones que se ríen de todo, no creen más que en el placer y las conquistan más fácilmente con sus desdenes que otros, que valen cien veces más que ellos, con su respeto y sus ruegos.

—¿Por qué huye usted de mí?—repuso después de un corto silencio.

—No huyo de usted: mi marido me lleva á menudo á casa de su amiga la señora de Savignat, donde estoy segura de encontrar á usted, y no me opongo á ir.

—Sería difícil.

—Voy tan á menudo como quiere.

—No juguemos con las palabras: ¿por qué me trata usted con tanto rigor?

—Me figuro que no supondrá usted que debo echarme en sus brazos. Le trato á usted como á otro cualquiera, como á un extraño, ó como á un indiferente.

—Eso es lo que me ofende.

—¿Qué quiere usted que haga?

—¿Qué es lo que quiero?

—Sí; explíquese usted claramente, si se atreve.

—Sea: escúcheme usted con calma. ¿Sabe usted—repuso con su acento ligero de antes, y acercándose á la joven—que es usted muy fuerte, mi querida y siempre hermosa Matilde?

—No sea usted...

—Sí; es usted asombrosa en verdad, y me veo frente á usted avergonzado de mi debilidad y de mi insuficiencia. Se le hacen á usted indicaciones y finge no entenderlas; hablo un lenguaje bastante claro y es chino para usted. Cualquiera otra mujer, después de lo que ha pasado entre nosotros, en aquellos días que no puedo recordar sin que me palpite el corazón, sería amable, graciosa, atenta, para domesticar á la fiera celosa y cruel que existe en el corazón de todos los enamorados, de los verdaderos, de los apasionados, de aquellos para quienes el amor y sus delicias son los únicos goces envidiables, sin los cuales la vida del hombre no vale más que la del sapo. Y usted

se envuelve en una virtud arisca, y me agobia con su indiferencia, y, según su propia confesión, me trata usted, no solamente como á un extraño, sino como á un enemigo; ¡pero tenga usted entendido que no quiero serlo de usted!...

Y añadió en voz más baja:

—No lo quisiera al menos, y usted me obliga á ello.

Esta frase contenía una amenaza, y la señora de Peyral lo comprendió así.

Se reconcentró en sí misma, manteniéndose á la defensiva, y esperó.

—¿Su marido de usted tardará aún?—preguntó Gaetano.

—Espero que sí; y de todos modos, puesto que está usted aquí y ha sonado la hora de las explicaciones, vale más acabar de una vez. Hable usted claramente, y si debo temer alguna maquinación contra mi tranquilidad, dígalo usted con franqueza, sin reticencias y sin ambajes. Prefiero la guerra declarada á la incertidumbre en que me tienen sus continuas alusiones á una falta estúpida, cobarde, que el honor, su honor de caballero, debiera hacerle olvidar, aun cuando yo la recordase. ¿Qué pretende usted?

—Es muy sencillo.

No lo era, sin duda, tanto como pretendía el señor de Avoise, porque se detuvo buscando una frase.

—Ande usted—dijo la joven, estimulándole con voz áspera.—Los instantes son preciosos.

Fué el espolazo dado al caballo, el aguijón que hace arrancar al buey detenido en su trabajo.

El señor de Avoise saltó la barrera, ante la cual vacilaba aún.

—No comprende usted verdaderamente lo que hace con sus sequedades—dijo;—con ese odio, que no oculta bastante, irrita usted los deseos que trato yo de refrenar. Ese ardor en el juego de que me acusa el señor Peyral; esos desórdenes de otra clase que me cierran el corazón de la marquesa; esa disipación que ha devorado los restos de mi fortuna, aminorando la dote de mi mujer y comprometiendo las rentas de que puedo disponer, todas esas locuras no han tenido más que un objeto: aturdirme. Quería olvidar unas relaciones que la fatalidad que nos dirige me obliga á romper. ¡Me detesta usted! Yo, por el contrario, la he querido á usted demasiado para no guardar en mi corazón una profunda herida; la quiero á usted más que nunca, la quiero con el ardor de las primeras ilusiones, con el recuerdo irritante de los goces que la debo, los mayores goces de mi vida. ¿Cómo me infiere usted la injuria de pensar que se la pueda querer y renunciar luego á usted? ¡Sería imposible! No lo crea usted. No hay un hombre en el mundo capaz de ello. Dios me es testigo de que he luchado con energía contra ese re-

cuerdo; que viéndola á usted feliz, ó por lo menos tranquila, no hubiese querido alterar una felicidad que respetaba. No he buscado á usted: es la fatalidad que nos persigue, la que nos ha acercado, como una tentación cada día más fuerte. Cuando me casé, usted me cerró su casa, aunque yo no hubiese aceptado sino como una necesidad el casamiento; estaba absolutamente arruinado y era preciso rehacer mi fortuna; tal vez lo diga brutalmente; pero ¿para qué ocultar con hipocresía el pensamiento? Que me tiren la piedra los que no piensen como yo. Sólo me atraían los millones de la señorita de Savignat, bien lo sabe usted, y no he hecho de ello un misterio. Un Avoise no puede condenarse á vivir como un tendero del Marais, sujeto tras un mostrador como las fieras del Jardín Zoológico. Me he restaurado, como los Borbones en 1815. Los Savignat han estado destinados siempre á esos revoques por la Providencia, que vela por las razas antiguas. Esa joven lleva mi nombre, que me ha robado gracias á la sagacidad de su marido de usted, puesto que ya no tengo su bolsa; ese abogado nefasto la ha cerrado y ha puesto un candado á la caja de los Savignat, con precauciones, eficaces tal vez, pero odiosas. Sin eso estaríamos en paz, y cada uno de nosotros tendría la parte que ambicionaba; he hecho un mal negocio y lo advierto demasiado tarde. No oculto á usted que esto me irrita profundamente.

—¿Y quiere usted que lo pague yo?

—No, por cierto. Más feliz que yo, ha encontrado usted un hombre de buen gusto, que se ha enamorado, como yo, de su hermosura, y que no necesitaba dote. Le aborrezco por el mal que me ha hecho, y le envidio por lo que me ha quitado. Él gana más que usted con su aparente generosidad, porque todo el oro del mundo no bastaría para pagar la joya inestimable de una hermosura cuyo valor conozco mejor que nadie. Durante años enteros he sufrido en silencio mis celos, y mis ojos han revelado á usted muchas veces los tormentos que sufría; pero mis labios han guardado silencio. He hecho cuanto he podido. La paciencia tiene sus límites, y la mía está al cabo de ellos. ¿Por qué ha acercado usted á mí á ese imprudente, exponiendo así ante mis ojos la imagen provocativa de su posesión? ¿Es culpa mía si, á pesar de mis esfuerzos, que debe usted agradecerme, siento renacer en mí, violentamente, los deseos que en otro tiempo sabía usted tan bien despertar? Cerca de usted, Matilde, veo renacer el pasado; y cuando esta noche pasada la tenía á usted entre mis brazos, valsando, no era sangre, sino fuego, lo que corría por mis venas. Me he jurado volver á empezar aquel amor que no debía concluir, recuperar á usted á pesar de ese rival que estimo y aborrezco, y renovar los goces divinos cuyo sólo recuerdo me desespera y las demás mujeres no

pueden darme. En una palabra: la amo á usted, me ha pertenecido usted, y no quiero renunciar á su amor: no puedo... es más fuerte que yo.

Se expresaba con un calor que no era fingido, animándose poco á poco, en presencia de aquella mujer admirable que le había querido y cuyo encanto le subyugaba.

Le cogió una mano, que ella retiró suavemente.

—¿Me ha comprendido usted?—preguntó.

—Perfectamente.

Le había escuchado sin hacer un movimiento y sintiendo sólo indignación por aquel hombre que jugaba con su seguridad, con su reputación, penetrando como un amo en aquel cuarto, su refugio, donde un criado podía sorprenderlos, y ¡quién sabe! entrar tal vez su marido de improviso, por una de esas casualidades tan frecuentes en la vida y que desconciertan todas las previsiones.

Al cabo de un momento preguntó con acento breve:

—¿Es eso todo?

—¿Qué más podría añadir?

—Poca cosa, en efecto: le comprendo á usted muy bien.

—Entonces...

—¿De qué se queja usted? He sido su querida, es verdad. Yo era libre entonces, y usted también. ¿Quién rompió esas relaciones, usted ó yo? He re-

cobrado mi libertad: ¿qué es lo que tiene usted que reclamar? ¿No es usted acaso hoy un hombre como los demás? Como el señor de Tallerande, su amigo, como el señor de Fresnes, que me hace la corte, discretamente, pero sin invocar pretendidos derechos que ninguno de ustedes tiene. No le atiendo á usted más que á los otros, ni afecto resentimiento ni satisfacción al ver á usted. Anoche me obligó usted á bailar diez veces, con una insistencia que no podía engañarme, y no me opuse á conceder á usted cuanto pude, aunque violentándome, no se lo niego á usted. El día en que la situación se me haga demasiado penosa pediré á mi marido, bajo cualquier pretexto, que no me vuelva á llevar á casa de la señora de Savignat: eso es todo.

—¿Es odio entonces lo que siente usted hacia mí?

Matilde hizo un esfuerzo sobre sí misma.

—No—dijo;—pero he prometido ser fiel á mi marido, y cumpliré mi juramento, aunque me costase la honra;—y animándose añadió:—¿Habla usted de un amor que quiere volver á empezar?

—¿No tengo razón?

—¿Es realmente amor de lo que se trata?

—He tenido la ingenuidad de creerlo.

—Pues se ha equivocado usted.

—¿Cómo?

—Equivocado groseramente, se lo aseguro.

—Explíquese usted.

—Yo estaba sola en París, sin amigos ni parientes, y trabajaba para ganarme la vida. Ustedes, los que tiran la fortuna por todas las ventanas de su capricho, no conocen esas necesidades. Por la mañana me levantaba en mi cuarto, sin fuego en el invierno y caliente en verano como un horno, y me iba al almacén, al obrador mejor dicho. Allí encontraba otras muchachas como yo; algunas más felices, porque tenían padre, madre ó amante: trabajaba mucho por poco dinero, y por la noche volvía á mi casa sola, desalentada á veces, y me ocurría á menudo echarme á llorar en aquella celda desde donde sólo veía paredes sucias y un bosque de chimeneas, apenas un pedazo de cielo. Usted se preguntará que por qué lloraba: no lo sé: de fastidio, de aislamiento, de mortal tristeza. La soledad es un suplicio y lleva hasta la locura.

—¿Y no ha querido usted volverse loca?

—Búrlese usted; le he dado á usted derecho para ello. Había luchado cinco años, desde los diez y siete hasta los veintidós: me hago esa justicia. Piensa usted, sin duda, que me alabo: ¡hubiera querido verle en mi lugar!

Había recobrado su sangre fría y se expresaba con frases cortas y agresivas. Irguiéndose en presencia del enemigo, por tanto tiempo temido, aceptaba la lucha con el valor de la desesperación.

—Yo, cuando pienso en ello—repuso—y cuento

mis días de resistencia, me encuentro disculpable. Muchos, fuera de usted, me condenarán, sobre todo entre esas mujeres nacidas bajo una buena estrella y que han crecido al amparo de sus madres en casas donde nada falta. Esas no saben, no pueden saber lo que eso es. Si hubiesen sufrido nuestras pruebas, comprenderían que hay momentos en que una muchacha está tentada de echarse en los brazos del primer hombre que pasa y la murmura al oído una proposición, no por el placer. ¡Oh, ese placer, cómo se desprecia entonces y cómo se odia después! Por odiosidad, por desaliento, por fastidio de esa soledad que nos enloquece y nos mata. Pues bien, señor de Avoise, por brillante, por seductor que fuese usted, por mucho realce que le diera su título y su audacia de libertino, yo no le hubiese escuchado, á no llegar en una de esas horas nefastas. Era usted agradable y generoso, y las parroquianas de la casa le llenaban de elogios cuando hablaban entre ellas. Venía usted á caracolear bajo nuestras ventanas en magníficos caballos, y sus coches paraban en la puerta cuando traía usted á la tienda á sus amigos de todas clases, porque Dios sabe cuánto ha hecho usted por deslumbrarme. Durante más de un año me pretendió usted en vano; sus palabras y sus promesas se deslizaban por mi pensamiento como el agua por un tejado: le juro á usted que no me tentaban; pero una no-

che me encontró usted, cuando iba á la ventura, descorazonada, decidida á todo, hasta el suicidio tal vez, y me dije: «Probemos este remedio: siempre estaré á tiempo de tirarme al Sena». Y le tomé á usted, como hubiera tomado á otro si se hubiese encontrado allí: su amigo Tallerand, que me perseguía con sus galanteos; Defresne, que me ofrecía coche y hotel. Le dejé á usted entrar en mi pobre cuarto de la calle de Godot, y fui su querida sin entusiasmo, sin pasión, como esas desgraciadas, más dignas de lástima que de censura, que ceden por la misma razón: obreras sin familia, sin apoyo, sin amigos; muchachas desesperadas y aburridas todo el día por amos exigentes, rendidas de cansancio y que esperan encontrar consuelo vertiendo en un corazón de hombre sus fastidios y sus disgustos. ¡Pobres locas! ¡Y llama usted á nuestra novela, novela de amor! ¡Es un error, señor marqués! Llámela usted novela de la miseria, del aburrimiento y de la cobardía.

Á medida que se animaba la fisonomía del marqués, se volvía dura y sombría.

Después continuó con más calma.

—Nuestras relaciones empezaron demasiado mal para durar mucho tiempo. No crea usted que le acuso, y, si mis palabras le parecen amargas, recuerde usted las dificultades de mi situación y esta escena que usted ha provocado y que puede perderme: piense usted en los temores que me

han causado sus audacias haciéndome temer por mi tranquilidad, que tanto estimo y que sus imprudencias pueden hacerme perder. Nunca he tenido malos sentimientos hacia usted: ha hecho usted el papel de sus semejantes, de los felices desocupados para los cuales todo es pretexto de distracción y de placer. Ni me quejo ni me disculpo; digo las cosas como son; á mí me tocaba defenderme, fui cobarde y débil, y si sucumbí, como se dice, fué libremente. Ni usted me hizo violencia ni era yo una niña; tenía veintidós años, y nuestro amor—pronunció esa palabra con entonación singular—duró seis meses. Le veía á usted poco; sin duda estaba usted ocupado en otra parte, y es hasta probable que desde aquella época honraba usted con una corte asidua á la joven que poco tiempo después debía ser marquesa de Avoise. No le he costado á usted más que algunas cenas en el café de París ó en el Inglés, en compañía de sus inseparables. Llegaba muy tapada, como una señora que no quiere ser reconocida. Ellas defienden su reputación; yo lo hacía de vergüenza, aunque á nadie tenía que dar cuenta de mi persona; era libre como el aire, y en el oficio que había tomado tienen el buen sentido de no pedir virtudes inmaculadas, pagándolas como lo hacen; pero bien puedo confesárselo á usted: me sentía avergonzada de mi degradación, de mi caída, en la cual el amor, lo con-

fieso con rubor, no entraba para nada. Por fin, una noche, al cabo de ese tiempo, y en un gabinete particular donde estábamos cenando, siempre con sus amigos Defresne y Tallerande, que me ofrecieron en seguida sus consuelos, rehusados por mí, me anunció usted su próximo casamiento. Era una noticia á la cual, como usted sabe, no estaba preparada, y, sin embargo, no debe usted haber olvidado cómo la acogí.

—Sin un grito, sin quejas, con la más admirable indiferencia. Le hago á usted esa justicia.

—Es que nuestra ruptura me libertaba.

—La palabra no es amable—dijo el marqués mordiéndose los labios.

—No hay nada en ella que pueda ofender á usted; quiero decir que no me sentía con fuerzas para esa vida de desorden, para esos placeres amargos que es preciso ocultar, para ese vil oficio que consiste en entregarse sin pasión, fría mente ó por cálculo. Sólo el amor puede absolver á la mujer que cae: así experimenté yo una sensación de bienestar por nuestra separación, que se verificó aquella misma noche, á pesar de sus últimas súplicas, que sin duda no eran sinceras. Rehusé el recuerdo que tuvo usted la generosidad de mandarme, no queriendo dar á nuestras cortas relaciones las apariencias de un negocio, y á la mañana siguiente, para romper completamente con aquellos meses, que hubiese querido borrar de mi existencia, dejé

mi casa de la calle de Godot para ir á esconderme en otro sitio, bien decidida á no renovar una experiencia que deploraba y á soportar el fastidio del aislamiento que tanto me había pesado, pero que, después de todo, valía más que los remordimientos de una culpa así. Esos son juramentos que generalmente no se cumplen.

Usted, sin embargo, ha cumplido el suyo. Y no ha sido por falta de pretensiones. Sus amigos de usted, á quienes sin duda había elogiado su conquista, me han aburrido con sus ofrecimientos. Tresieres me proponía establecerme. Tallerande quería crearme rentas, y los demás pujaban las proposiciones. El abandono de usted hubiera hecho mi fortuna si hubiese querido escucharles. Cada noche me los encontraba por bandadas en mi camino. Era una persecución, pero fué inútil; había estado cinco años sola antes de conocer á usted, y hubieran sido precisos sin duda algunos más para vencer un valor fortalecido con tan deplorable prueba. Para evitar la tentación y despistar á mis perseguidores cambié de tienda, á pesar del perjuicio que pudiera resultarme, y al cabo de algún tiempo logré por fin el reposo por que suspiraba: me olvidaron y olvidé. Entonces fué cuando, por una casualidad inesperada, tropecé con un hombre honrado, acostumbrado á las miserias de la humanidad, y que se asombró de mi virtud. (Pronunció esta palabra con triste ironía.) Durante cerca

de un año me vigiló sin que yo lo advirtiese, y un día entró en mi cuarto como usted. Hubiera podido hablarme del mismo modo, ¿quién se lo impedía? No hay por qué contenerse con muchachas de mi especie, y simplemente, sin frases, me pidió que me casara con él, lo cual me dejó estupefacta. En el primer momento perdí la sangre fría. Hubiera debido rehusar, ó confesárselo todo, contar mi historia y mi falta, y se hubiera marchado, abandonándome á mi suerte. Había sido débil con usted y fui cobarde con él en otro sentido; me callé, y cuando hubo salido no tuve tampoco el valor que me había faltado en su presencia. Me dije que, después de todo, no preguntándole nada de su pasado, no tenía para qué hablarle del mío; que mi compromiso sólo se refería al porvenir; que usted es ligero, disipador, pero caballero; que sus amigos tendrían la generosidad del silencio; que usted destruiría una correspondencia que no le interesaba, y, por lo demás, corta é insignificante; que aquella aventura no traería consecuencias, y que usted tendría la delicadeza de no recordarla ni aun á mí misma. Me he equivocado, puesto que está usted aquí; pero, verdaderamente, ahora que me ha oído usted y que le he dado la explicación pedida, ¿qué espera usted aún?

—Todo.

—Francamente, me asombra usted.

—Todo—repitió,—porque la amo á usted.

—¡Mentira!

—No, Matilde, se lo juro; la amo á usted, única y ardientemente.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde el día en que la perdí!

Se quedó un momento desconcertada, tan sincero era el acento del marqués.

—¿Y si yo amo á otro?—dijo.

—¿Á quién?

—Á mi marido.

—Eso es imposible.

—Eso es cierto.

—Sea: no se lo niego á usted, por mucho que me sorprenda; pero ¿no puede ocultar el más profundo secreto nuestras relaciones? Se lo ruego á usted, Matilde: sea usted buena; acuérdesse usted del pasado. Aunque seamos otra vez el uno del otro, ¿quién lo puede saber? Un mal ignorado ¿es un mal? Las faltas que nadie conoce ¿son faltas? Es mi salvación lo que pido á usted de rodillas.

La señora de Peyral meneó la cabeza.

—No seré de usted, ni en secreto ni de ningún otro modo—dijo.—El día en que di mi mano me juré que, no habiendo sabido ser una muchacha juiciosa, sería una mujer honrada. Si en otro tiempo pude excusar á mis propios ojos mi falta, con ayuda de subterfugios, ¿cuáles inventaría hoy, cuando debo á mi marido una si-

tuación inesperada, una seguridad á la cual no podía aspirar? ¡Tiene en mí una confianza ciega, y sería la última de las mujeres si cometiera la infamia de engañarle. Me ha redimido y no volveré á caer: ¡antes morir!

—¡Palabras!...

—Digo lo que pienso, y haré lo que digo.

—Escúcheme usted á su vez—dijo el señor de Avoise con ira mal reprimida.—Seré breve: el señor Peyral debe á menudo empezar sus informes con esta promesa. Le digo á usted que la amo, y es verdad; nunca lo he sentido tan bien como en este momento. Es usted la única mujer que me ha inspirado ese sentimiento. Su recuerdo me persigue sin cesar, y, si me he dejado arrastrar á mil locuras, ha sido para distraerme de esa idea que me domina. No he destruído sus cartas, como no he borrado su imagen de mi corazón, y las leo á menudo: pudiera recitárselas á usted de memoria, y cada vez que las leo encuentro como un perfume de usted, como una huella de los placeres y el tiempo que me recuerdan. ¡Oh, no tenga usted miedo! Las tengo en sitio seguro, continúan en la calle de Lisboa, en aquel nido misterioso todo lleno de su recuerdo. Esto que digo no es amenaza: me moriría de vergüenza si tuviese solamente la idea de emplearlas en hacerle á usted daño ó en atraerla contra su voluntad. Sólo las guardo como restos y cenizas de un amor demasiado corto—

¿se hace acaso lo que se quiere?—como se guarda una flor marchita, como se guarda una joya, un recuerdo de lo que se ha amado. Soy coleccionista, como los que buscan medallas, monedas y vasos antiguos: sólo que lo que yo prefiero son esas reliquias, reliquias de amor, de placer, de goces divinos, que son la vida toda. Mis preferidas son las de usted, Matilde. Ha sido usted mía, y ese recuerdo hace arder mi sangre. El único remedio que tendría mi mal, sería el alejamiento, y la veo á usted todos los días. En todas partes está usted ante mis ojos, aquí como en casa de la señora de Savignat. Desde mi ventana veo la de usted; y, si el destino se complace en acercarnos así, ¿puede usted creer que sea por capricho? ¿No es más bien que está escrito que hemos de querernos?

La joven estaba turbada. Nunca había conocido al marqués tal y como se revelaba á ella en aquel momento; y su acento denotaba bien claramente que era sincero. Siempre le había visto escéptico, burlón, incapaz de un sentimiento tierno, ó verdaderamente apasionado, y se preguntaba con indecible sorpresa cómo había podido cambiar hasta ese punto.

Estaba, en efecto, vencido y transformado, y la vista de aquella preciosa mujer que le había pertenecido y ahora era de otro, en su misma presencia, le causaba un dolor intolerable, disimulado bajo la apariencia de ligereza que afectaba.

Poco á poco su pasión se iba exaltando celosa y exagerada: le dominaba la hermosura de la señora de Peyral, y un deseo violento é irresistible de reconquistarla se apoderaba de él. Al cabo de un instante se acercó á ella y, cogiendo su mano derecha, murmuró:

—¡Dígame usted que no será inflexible, se lo ruego!

—Y si rehúso...

—Trataré de convencerla, basta que ceda: éste será, de hoy en adelante, el único objetivo de mi vida...—y añadió suspirando:—ya que, gracias al señor Peyral, no puedo aturdirme de otro modo.

—Renuncie usted á semejantes planes—dijo ella;—á mi vez se lo ruego. ¡Tiene usted una mujer adorable!

—Usted sola es la que quiero.

—¡Es una infamia el engañarla!

—Entonces... ¡cuántos maridos infames hay! Mire usted á su alrededor. ¿Qué idea se forma usted del mundo? Es muy diferente de lo que usted piensa. ¿Puede usted creer que se condena uno por un instante de abandono? ¡Vamos, Matilde! Sea usted indulgente y buena como en otro tiempo, débil si quiere usted; pero ¿acaso no disculpa el amor esas debilidades?

—¡Cállese usted, por Dios!

—Acuérdese usted de aquellas noches, radiantes

para mí, y para usted también, en que me decía: «Te amo». No me aborrecía usted entonces, no; no puedo creerlo: la fatalidad es la que nos ha separado.

—Si me tenía usted, ¿por qué no me conservó?

El marqués rozó sus cabellos y la repitió por dos veces: «Te adoro». Pero ella retiró bruscamente la mano que aquél le cubría de besos, y dijo con voz alterada:

—Merezco lo que me sucede, y sufriré las consecuencias de mi falta. Quiero creer que acabará usted este juego cruel y renunciará por siempre á esperanzas imposibles. Puede usted perderme, si tal es su capricho; para ello bastaría con pocas audacias como ésta: mi marido es perspicaz, y si supiese que ha entrado usted aquí en su ausencia, me moriría de vergüenza; haga usted lo que quiera; pero seguro, en todo caso, de que nada puede obtener de mí. Matilde Rigaud ha tenido la desgracia de ser su amante: la señora de Peyral no será la de nadie.

—¿Nunca?

—¡Nunca, adiós!

—No, hasta la vista.

Se levantó con el corazón oprimido por una inmensa decepción, pero sonrió á la joven, que estaba inmóvil, y dió un paso hacia la puerta.

Al echar una ojeada sobre el jardín vió á la doncella parada delante de un macizo de tulipanes.

—¡Diablo!—dijo con calma.—Está cortada la retirada.

La señora de Peyral, furiosa, dió un salto, diciendo:

—¡Ya ve usted en qué abismo me ha hundido!

—¿Es usted tan cobarde que tiembla por tan poco? Decididamente no será usted nunca una verdadera parisiense.

Y diciendo esto se sentó tranquilamente delante del *secrétaire*, dobló una hoja de papel metiéndola en un sobre, y dijo á la joven:

—Ponga usted ahí una dirección cualquiera: «Señora Arnold-Szczam, plaza de Colonia, 25, Strasburgo (Alsacia-Lorena)»; pegue dos sellos, uno para Francia y otro para Alemania, á fin de que todo el mundo quede contento, y llame usted. He aquí una carta que va á correr el mundo y que no volverá á poder de usted, seguramente. Carece usted en absoluto de imaginación y de intriga, amiga mía. ¡Ah, qué fácil es engañar al prójimo, y cómo la formaría yo á usted, si usted quisiera!

—Pero no quiero.

—Eso es un decir. Ahora llame usted—dijo el señor de Avoise, ocultándose detrás de una cortina.

La señora de Peyral obedeció, temblando como la hoja en el árbol.

—Sofía—dijo;—pronto, esta carta al buzón más

inmediato; vaya usted en seguida. ¿Dónde está Justino?

—Justino ha salido, señora.

—Bien.

El marqués salió de su escondite sonriendo, y dijo á la señora de Peyral:

—¿Lo ve usted? Esa muchacha sencilla no tiene ni la más ligera sospecha, y ya hay un misterio más entre nosotros. Acuérdesse usted de mí, que la amo con locura.

Y salió, envolviéndola en una mirada llena de fuego.

Ella le vió anhelante desde el balcón atravesar el jardín, abrir la puertecilla y desaparecer: dejóse caer en el sofá, sobre el cual quedó anodada, con la cara cubierta por sus manos he-ladas.